

“LOS SANTOS REYES” DE SEVERINO SALAZAR

O UN SUEÑO DE PAPEL

FRENTE A LA DESHUMANIZACIÓN DEL MUNDO GLOBAL

ALEJANDRA HERRERA*

*A mis alumnos
y también para Iván y Michel Reynaud*

¿Quién no ha padecido el horror de los días previos a la Navidad? Para empezar, el tráfico nos atrapa en un río desarticulado de vehículos de todo tipo; las tiendas están reventando y todo el mundo a la “rebatinga” porque no hay quien atienda con orden; pero eso sí, hay que comprar objetos inútiles que en general a nadie le sirven o gustan; quizá su única función sea la de adornar el arbolito de Navidad. La compra de juguetes es punto aparte. Y qué decir de la cena; no importa el precio, hay que comprar el bacalao, el pavo, la pasta, la ensalada, el whisky, el tequila (porque está de moda), los refrescos, la fruta para el ponche, y un largo etcétera. Las discusiones familiares son otro tema, porque, según sea el caso, hoy toca con la suegra o con la mamá. Todo es desorden y confusión. Este es el espíritu que se esparce por nuestra metrópoli. Por fin llega el 24 y a

la hora de la cena la familia está agotada o distanciada, nunca falta. Pero los niños, al margen de este caos, esperan sus regalos. Muchas veces me he preguntado si en esto consiste el espíritu navideño. ¿Dónde está la parte espiritual de la Navidad? ¿Por qué la necesidad de gastar, de atiborrarse de objetos y objetos que no llenan ese algo que necesitamos llenar? Sí, es cierto que es una tradición de todo el mundo occidental, pero su significado original se ha ido diluyendo a lo largo de los siglos: la espiritualidad, la necesidad de conversar con voces antiguas y trascendentes ha sido suplida por una feria del consumo.

Hay algo, sin embargo, que nos rescata de este caos. Severino Salazar lo define así: “Un sueño de papel donde sucederán las cosas como deseábamos que sucedieran. Se vuelve un tiempo y un espacio de lo factible. Donde la magia de la Navidad tiene cabal realización”.¹ Sí, se trata de un Cuento de Navidad. Veamos el origen de esta forma de celebrar el Milagro de Belén y del surgimiento de este género en nuestro país.

¹ Severino Salazar, “El cuento de Navidad”, en *Tema y Variaciones de literatura*, núm. 22, 2004, pp. 224, 225.

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

Dice Jorge Ruedas de la Serna que a mediados del siglo XIX las fiestas navideñas importaron de Europa una serie de elementos, que soslayaban la conmemoración de las fiestas de la Natividad heredadas de los españoles y arraigadas a lo largo de la Colonia. Durante ésta y en la primera mitad del siglo XIX, se trataba de una celebración sencilla, alegre, austera y dedicada a los niños. En la segunda mitad del mismo siglo, llegaron a los hogares mexicanos el árbol de Navidad, las cenas con productos europeos y la figura del viejo Noel que hacía regalos a los niños. La significación de la Navidad como una fiesta propiamente religiosa se desleía y su celebración se convertía en reuniones sociales seculares, en las que la cena y el baile eran los ingredientes principales con toda la parafernalia que implica el lujo y el derroche.²

La influencia europea también se dejó sentir en el ámbito literario. El cuento de Navidad nace en el siglo XIX con Charles Dickens, en Inglaterra, y ahí obtuvo gran éxito. Su gran repercusión llegó incluso a México, prueba de ello es la novela, *La Navidad en las montañas* de Ignacio Altamirano, y otros cuentos de escritores mexicanos como Manuel Gutiérrez Nájera, Guillermo Prieto y José Tomás de Cuéllar, por mencionar sólo unos nombres, entre los que también adoptaron ese género durante el mismo siglo. En el ya pasado siglo XX, algunos autores fueron seducidos por este género y siguieron cultivándolo. Uno de ellos fue Severino Salazar (Zacatecas 1947-2005), quien publicó un volumen titulado *Quince cuentos de Navidad* (2000), entre los cuales

destaca “Los Santos Reyes” porque, desde mi punto de vista, da cuenta de la destreza narrativa de este autor y de su intención por seguir los cánones que se desprenden del mismo *Cuento de Navidad* de Dickens. Además, debo decir que en el 2004 el mismo autor publicó un lúcido ensayo titulado “El cuento de Navidad”, que me será de gran ayuda para sostener mi lectura de su cuento. Iré por partes.

La maestría narrativa de Severino Salazar se muestra desde la primera línea de “Los Santos Reyes”: “Mi tío me trajo de regalo un lugar sagrado”, porque despierta en el lector una serie de preguntas: ¿quién cuenta?, ¿cuál es ese lugar sagrado?, ¿de qué regalo se trata?, ¿quién es el tío?, ¿qué edad tiene el narrador? Julio Cortázar diría que el *incipit* revela el manejo de la intensidad, uno de los rasgos estructurales del cuento y la define como “[...] la eliminación de todas las ideas o situaciones intermedias, de todos los rellenos o fases de transición que la novela permite e incluso exige”.³ Así, el lector ya no tiene alternativa, ha sido sacudido por la primera frase y ya no tiene otra salida más que continuar leyendo para resolver las interrogantes. Después de este arranque, Severino Salazar bajará esa intensidad para dar lugar a la tensión narrativa, es decir, dosificará la información y las claves que sólo cobrarán sentido cuando el lector termine de leer el cuento. A veces, dice Cortázar

[...] la intensidad es de otro orden, y yo prefiero darle el nombre de tensión. Es una intensidad que se ejerce en la

² Cf. Jorge Ruedas de la Serna, *Presente de Navidad. Cuentos mexicanos del siglo XIX*, 1994.

³ Julio Cortázar, “Paseo por el cuento”, en Adolfo Sánchez Vázquez, *Antología. Textos de estética y teoría del Arte*, 1972, pp. 335, 336.

manera con que el autor nos va acercando lentamente a lo contado. Todavía estamos muy lejos de saber lo que va a ocurrir en el cuento y sin embargo no podemos sustraernos a su atmósfera.⁴

En "Los Santos Reyes", Severino Salazar maneja estos dos aspectos estructurales del cuento, para lograr el ambiente que rodea a sus personajes; incluido el ingenuo chiquillo, que muchos años después, será el narrador y dará cuenta de un episodio de su infancia, en un pueblo del estado de Zacatecas, donde perdió la fe.

En el ensayo señalado de Salazar, éste afirma que aunque Dickens no escribió propiamente una poética del género, de su *Chrisman carol* se desprende lo que podrían ser sus cánones:

El cuento de Navidad, obviamente, debe suceder en la Noche Buena o alrededor de esa fecha. Esto implica el invierno: una atmósfera que para el caso es determinante. Debe apelar a los sentimientos más primarios del ser humano; es sentimental en esencia, con una fuerte dosis de lo *kitch*. Debe haber una epifanía, una revelación, que nos descubra una faceta positiva de la condición de la grandeza humana, de lo que la nobleza humana es capaz, invariablemente, este rasgo es una constante [...] y es el más importante. El personaje se halla al borde de una situación límite, en un sentido existencial. Pero lo que al principio podría transformarse en una tragedia, en algo negativo y adverso, todo deviene en bien al final. [...] Por último, la misma fiesta de Navidad es un personaje, un catalizador de emociones y acciones, porque es determinante en la psicología

de los personajes de carne y hueso, en la trama, en la atmósfera, en la revelación o en la epifanía espiritual con la que finaliza el relato. En consecuencia, el cuento de Navidad es muchas veces un *divertimento*, una pieza literaria donde la ludicidad es uno de sus elementos primordiales.⁵

Desde luego, todos estos cánones están presentes en "Los Santos Reyes",⁶ pues la historia ocurre alrededor de la Noche Buena y termina el 6 de enero. El espacio, como tengo dicho, es un pueblo zacatecano, azotado en muchas ocasiones por los crudos inviernos y heladas. El asunto es que llegan a ese pueblo las familias que viven en los Estados Unidos: regresan, como muchos emigrados, a la casa materna a festejar las navidades. También, el tío, un sacerdote, regresa después de estudiar teología en Roma y de un largo viaje por Tierra Santa y el Medio Oriente. La atmósfera es toda ruido y alegría. Y, así, transcurre el tiempo hasta llegar la noche del 25 de diciembre.

Alrededor de una fogata los niños que vienen de Estados Unidos se preguntan emocionados si verán a Santoclás. A lo que el tío responde con grandes carcajadas y afirma que este personaje no es más que un invento de la Coca-Cola. Con esta afirmación rompe la creencia en el anciano vestido de rojo. Esa misma noche, los niños que vienen del extranjero dicen a su primo que los Reyes tampoco existen. Y es aquí donde surge el conflicto existencial del Narrador,⁷ quien

⁴ *Ibid.*, p. 336.

⁵ Severino Salazar, *op. cit.*, p. 222.

⁶ *Idem*, "Los Santos Reyes", en *Quince cuentos de Navidad*, pp. 13-18.

⁷ Escribo narrador con mayúscula, porque en este cuento no sólo es un personaje, sino el narrador-protagonista de esta historia.

desamparado dice a su tío lo que los primos le han asegurado. El sacerdote se irrita y afirma: “El pecado más grande que se puede cometer es contra la fe”.⁸ Después de la desazón del Narrador y cuando ya todos se han marchado, ocurre el milagro, la revelación. Puede verse así, que “Los Santos Reyes” es un auténtico cuento de Navidad.

En el mismo ensayo de Salazar, éste afirma que los antecedentes del cuento de Navidad se encuentran en el Romanicismo y en la Escuela Gótica. Del primer movimiento se entiende la influencia por la exaltación de los sentimientos, buenos o malos, y de la segunda, la estructura de los personajes, que pueden ser: “[...] grotescos, deformes, retorcidos; y por otro lado los bellos, sublimes hasta la incredulidad [...]”⁹

Siguiendo esta estructura, en el cuento de “Los Santos Reyes”, aparece un Santoclos muy peculiar. Transcribo su descripción:

Santoclos es un invento de la coca-cola, niños. Pero mírenlo bien: un viejo con ese panzón tiene un hígado crecido y las tripas hinchadas, por lo tanto es ruidoso y flatulento. No come, traga y bebe como un cerdo. Si tiene la nariz roja, llena de venas a punto de reventar, es porque es un borrachín empedernido, que por algo siempre anda muerto de risa, jo, jo, jo. ¿Díganme qué mensaje es ése? Jo, jo, jo. Tiene la presión alta, el pobre vejete. Los dientes se le pudrieron de tanto tomar coca. Y, por como camina ha de estar gotoso. Esa cosa no puede andar por el cielo haciéndoles regalos a los niños. No hay nada espiritual en él

como para que se levante de la tierra y desafíe la gravedad. Es más bien digno de lástima. Y tan grotesco como las botellas que anuncia.¹⁰

Recordemos de dónde proviene Santoclos. Se trata de san Nicolás, cuyo origen puede ubicarse en el siglo IV en Turquía, donde llegó a ser el obispo de Mira y fue conocido por obrar muchos milagros y ayudar a los pobres, especialmente a los niños. Cuando los musulmanes invadieron Turquía, en el siglo XI, sus restos fueron llevados por los cristianos a Bari, Italia, de ahí que se le conozca como san Nicolás de Bari. Su fama de santo milagroso corrió por toda Europa donde ha sido venerado, prueba de ello es que en muchas ciudades hay un templo dedicado a él. No obstante, a su figura se han adherido otras entre las que destaca la de un finlandés, llamado también Nikolás, cuyo origen es muy antiguo, y que hacía juguetes de madera para regalar a los niños. Puede afirmarse que el mito de Santoclos está compuesto de otros personajes, pero la imagen que hoy se tiene de él, efectivamente, corresponde a una campaña publicitaria de la Coca-Cola Company que en 1931 pidió al pintor Haddon Sundblom una versión del mítico personaje, más acorde con aquella época.

La presencia de Santoclos en el imaginario de estos niños emigrados, puede explicarse, primero, por lo apuntado por Ruedas de la Serna: la introducción de elementos europeos ya desde mediados del siglo XIX; y, segundo, porque dichos niños viven con sus padres en los Estados Unidos, donde la tradición y costumbres

⁸ *Ibid.*, p. 16

⁹ S. Salazar, “El cuento de Navidad”, p. 223.

¹⁰ *Idem.* “Los Santos Reyes”, p. 16.

anglosajonas transmigraron junto con la ocupación de los territorios del Norte del continente; y pese a la resistencia de los mexicanos, hoy emigrados en aquel país, las tradiciones se filtran y se adoptan de manera imperceptible.

La imagen del Santoclás citada contrasta con la figura del tío del narrador; en la descripción que se lee de él, resalta su hondo carácter espiritual:

[...] estaba más flaco y más alto, huesudo y descolorido, como que no terminaba de crecer. Su vestimenta era toda negra, con su cuello blanco [...]

Mi abuela no se llenaba de verlo, y suspiraba; se le hacía imposible que fuera verdad que su hijo amado, el escogido, ya estuviera de regreso y entre nosotros. Y quería abrazarlo, pero se aguantaba, porque nos decía que ya era un hombre consagrado y había que ser respetuoso con él. Que él ya era un representante de Dios sobre la tierra. Que era un espacio consagrado a Dios.¹¹

Como puede verse, se trata de una figura estilizada y espiritual, que muy bien puede compararse con las estatuas de los santos que pueblan las iglesias y catedrales, y, por lo tanto, opuesta a la imagen terrena del Santoclás.

Y es precisamente este personaje, el tío, el que propicia el ambiente festivo que impera en la familia del Narrador. Evidentemente, la fiesta navideña es un factor importante, pero en esta historia la visita del tío es fundamental, pues a través de este personaje, el autor provee de espiritualidad a la atmósfera en la que se desarrollan las acciones. Quizá tam-

bién el clima contribuya a ese ambiente porque en el campo, el invierno es un tiempo de reposo; la actividad agrícola se detiene porque la naturaleza está adormecida y es preciso dejarla descansar, tal vez eso también dé lugar a la inspiración del ánimo:

Me acuerdo que esos días se nos iban como un suspiro, que después de desayunar o de comer, nadie se paraba y se iba, pues nos quedábamos las horas sentados alrededor de la mesa escuchándolo, bien atentos y con la boca abierta como si no tuviéramos nada más que hacer, sólo escuchar las maravillas que nos hacía ver tan sólo con sus palabras [...]

Él no se reía a carcajadas como los demás, sino que sonreía y miraba a las cosas y a las gentes serenamente, como si no le corriera ninguna prisa [...] Dejaba sus largas manos sobre el mantel, casi olvidadas [...]¹²

Puede confirmarse entonces que la atmósfera espiritual del cuento se logra a través del tío, gran estudioso de teología y religión.

Por otra parte, hay que recordar que el conflicto narrativo se hace presente, cuando los primos le dicen al Narrador: "[...] que tampoco los Santos Reyes existían. Que los que ponían los regalos en los zapatos eran nuestros padres".¹³ Y esta información propicia que el Narrador se vea en un auténtico problema existencial, pues a partir de ese momento lo invade por un sentimiento de absurdo; por ése que rompe el vínculo entre el individuo y el mundo exterior, y

¹¹ *Ibid.*, pp. 13, 14.

¹² *Loc. cit.*

¹³ *Ibid.*, p. 16.

el sujeto se percibe a sí mismo como un extraño sin respuestas, sin Norte:

Saber esa noticia, que curiosamente ni por un momento dudé de su veracidad, me llenó de una tristeza instantánea, que fue como si me hubieran echado un costal de maíz sobre los hombros. Me sentía pesado, como oprimido contra la tierra.¹⁴

Me parece digna de atención esta reacción del Narrador, porque si como él dice, nunca dudó de la veracidad de lo dicho por sus primos, parecería como si auténticamente él no hubiera creído en la existencia de estos Reyes, pues de lo contrario, al menos hubiera dudado de la negación de sus primos. Si bien lo comenta con el tío, la respuesta de éste, el coraje y la indignación, tampoco alivia su ánimo, pues el tío no aclara si existen o no los Reyes. Así el Narrador se ve en un estado de desazón que indica que en verdad perdió algo importante. La tensión narrativa genera otra pregunta, ¿por qué si no creía se siente así? Y una posible respuesta podría encontrarse en la contradicción que constituye la condición humana: queremos que algo exista, pero al mismo tiempo buscamos pruebas que confirmen su inexistencia; y al tenerlas, sentimos nostalgia por la inocencia perdida. Como cuando nos damos cuenta que los ritos agrícolas, dedicados siempre a reavivar a la naturaleza y a expulsar a la muerte, y que, además, son la cuna de la civilización y las artes, sólo estaban fundados en la ignorancia y la superstición. Entonces sentimos el deseo de seguir creyendo y que la observancia de ciertas normas y acciones influiría

en la realización del milagro. Es la lucha entre la fe y la ciencia, porque atenerse a ésta, al pensamiento, a la lógica del conocimiento, no es suficiente: hay más preguntas que respuestas y una vida no alcanza para aclararlas. Esta limitación hace que la necesidad de creer se robustezca y se vuelva imperioso volver a escuchar las voces de nuestros antepasados, la certeza de sus creencias, que si ahora suenan añejas, infundadas, procuraban el alivio a la falta de trascendencia.

La verdadera expulsión del paraíso consiste en vivir con la certeza de que el conocimiento no puede explicar todo y que el misterio y la duda rondarán siempre la vida del hombre. Quizá esto explique el desánimo del Narrador, pues no hay que olvidar que ya es un adulto quien nos cuenta ahora un episodio de su infancia, porque ya sabe usar las palabras, traducir en ellas su experiencia y emoción.

Y así volvemos al pueblo zacatecano en donde las visitas empiezan a irse, para contribuir al vacío y desánimo del Narrador. Los tíos y sus familias comienzan el regreso a los lugares en donde hacen sus vidas. El tío regresa a su seminario, y la casa, antes llena de vida, se congela ahora no por el clima, sino por la falta de huéspedes, el desmembramiento de la familia. La ausencia de ésta es, así, una forma de morir; la soledad del Narrador no sólo es interna sino también externa:

La casa y todo el pueblo se sentían vacíos, más vacíos que antes que llegaran a visitarnos. Pues las fiestas, una vez que pasan, como que nos dejan un agujero, que tarda tiempo en llenarse. En un día más sería la noche de reyes. Pero ahora me daba vergüenza hacer mi carta y ponerla en mi zapato; me

¹⁴ *Loc. cit.*

sentía estúpido, como si el mundo estuviera hueco [...] Al mismo tiempo me sentía robado, saqueado. O engañado; no sabía ni qué.¹⁵

Y justo aquí, en medio de esta confusión, en la noche de Reyes ocurre el milagro. Será preciso detenernos en el regalo que el tío trajo de Turquía. Se trata de un tapete oriental, justo el que utilizan los musulmanes para rezar. El tío explica a su sobrino para qué es y cómo colocarse en él:

Me dijo: cada uno de los musulmanes [...] tiene un tapete como éste. Es auténtico [...] Este tapete es un espacio sagrado, donde nada más cabe un hombre para estar solo con Dios [...] Luego mi tío me enseñó cómo postrarme. Me dijo, los musulmanes creen que para hablarle a Dios, uno debe tocar el piso con siete apoyos de su cuerpo, con las palmas, las rodillas, la punta de los pies y la frente. Esta actitud ante la divinidad nos llega de la noche de los tiempos.¹⁶

Precisamente en ese tapete, previa una paz inexplicable, el niño se hinca y luego de hacer sus plegarias ocurre el milagro, la magia navideña, la epifanía que todo cuento de Navidad debe contener. El tapete comienza a moverse y el Narrador, asustado al principio, se deja ir en él y al salir por la ventana en un vuelo fantástico descubre lo que nunca había visto de su pueblo. La noche era clara y estrellada, todo convocaba a una serena alegría, a la revelación; y desde ahí contempla nada menos que a los Santos Reyes, entrando a los hogares, leyendo cartas y

cumpliendo los deseos de los niños, y todavía algo más: que a él le dejan en su casa tapetes musulmanes para que, sin duda, los reparta a cada niño del pueblo. Como si a él le hubiesen dejado la tarea de mantener la tradición en los Santos Reyes.

Muchos años después, el Narrador recuerda este momento de epifanía:

Al despertar –había pasado toda la noche sobre mi tapete– tenía la certeza de que algo muy grande todavía me quedaba. Y que eso iba a ser muy difícil perderlo o que me lo robaran.¹⁷

Ahora bien ¿por qué los Santos Reyes y no Santoclós? y al hacer esta pregunta surgen otras: ¿por qué los primos destruyen la fe del Narrador en la existencia de los Reyes?, ¿por venganza?, ¿por qué el tío no dice abiertamente al Narrador que los Reyes tampoco existen? Quizá no podamos saber todas las respuestas porque en el cuento no están todas las claves que las descifren; lo que sí podemos saber es que gracias a la imaginación y fantasía el niño recupera la fe, y que Severino Salazar ha logrado:

[...] ese clima propio de todo gran cuento, que obliga a seguir leyendo, que aísla al lector de todo lo que lo rodea para después, terminado el cuento, volver a conectarlo con su circunstancia de una manera nueva, enriquecida, más honda o más hermosa.¹⁸

Y gracias a la estructura de esa atmósfera creada por Severino Salazar se pueden inferir algunas respuestas que permanecen

¹⁵ *Ibid.*, p. 17.

¹⁶ *Ibid.*, p. 15.

¹⁷ *Ibid.*, p. 18.

¹⁸ J. Cortázar, *op. cit.*, p. 335.

en la parte subterránea de la historia y que conforman su significado.

Si concedemos que el tío es un ser elevado, cabe preguntarse, ¿por qué rompe la creencia de sus sobrinos en Santaclós? Una primera respuesta nos llevaría a pensar que se trata de un hombre cerrado a la influencia de otras tradiciones y que su religión de alguna manera avala la existencia de los Santos Reyes, pues en el Evangelio de san Mateos, por lo menos existe una referencia a la visita de unos magos —en aquellos tiempos éstos eran los reyes de sus pueblos debido a los poderes que manejaban— que siguiendo una estrella, llegaron a Belén con ofrendas para el recién nacido Niño Dios.¹⁹ Pero si éste fuera el caso, la presencia del tapete no tendría sentido pues la religión en México es el catolicismo y no, el islamismo.

Cuando el niño recibe el regalo, pregunta a su tío: “¿No le hace que ellos le recen a Alá? [...] [A lo que él responde:] Dios es el mismo en cualquier lugar [...] solamente cambia Su nombre”.²⁰ Con lo cual se confirma que el tío no se opone a otras tradiciones. Entonces es pertinente preguntar ¿qué quiere decir el autor a sus lectores?, ¿qué hay más allá del episodio narrado? Contestar estas preguntas implica transitar por un terreno poco firme, porque, aunque siempre atenuadas al texto, las lecturas pueden variar y, sin duda, son múltiples. No obstante, trataré de formular mi interpretación.

Se trata del regreso de lo contado a la realidad; recordemos la cita anterior de Cortázar, de esa capacidad que tiene un buen texto para conectarnos de manera

más profunda con el mundo que nos rodea. Para esto me detendré en nuestra actual circunstancia. Con los procesos económicos y los avances tecnológicos de las últimas décadas que han comunicado como nunca a los cinco continentes a través de satélites y la famosa red de *internet*, se ha producido un fenómeno llamado globalización cuyo fundamento económico es el libre mercado. Independientemente de lo justo o injusto de este suceso, es un hecho que la globalización no se da en términos humanos y las tradiciones originales de un país se ven debilitadas por la comercialización de objetos ajenos que en muchos casos no responden a necesidades básicas de un pueblo, pero sí trastocan, con esa importación, sus costumbres y tradiciones auténticas.

Por otra parte, las tradiciones de un país, una región o de cualquier comunidad son una serie de valores, creencias, hechos y costumbres que originalmente responden a una forma de entender el mundo y vivir en él. El mito, el rito y la religión son sus antecedentes, que a menudo se van desvaneciendo y quedan sólo las costumbres que de alguna forma constituyen la identidad de una comunidad. Aunque las tradiciones hayan perdido su fundamento, es fácil entender que son la herencia de generaciones anteriores y perduran porque se les considera, de alguna forma, valiosas. Entonces, tenemos que el tío del Narrador no puede aceptar que la creencia en los Santos Reyes se vea sustituida, no por el original obispo de Bari, sino por una figura publicitaria, el Santoclós que conocemos de una de las marcas más emblemáticas del comercio.

¹⁹ Cf. S. Mateo, 2, 1, 2, 10, 11

²⁰ S. Salazar “Los Santos Reyes”, p. 15

No se trata de aislarse a la influencia extranjera; se puede convivir con lo auténtico y original de otras culturas, siempre y cuando no sean marcas comerciales que procuren crear necesidades para fortalecer el consumo y el mercado, porque en éste, el humanismo se ve reducido a la ley de la oferta y la demanda.

Hay un ejemplo de esta demanda de la sociedad de consumo en la historia, es un pequeño detalle pero significativo, y se refiere al uso de la cámara fotográfica:

[...] Nos quedábamos sentados las horas alrededor de la mesa escuchándolo [el Narrador se refiere a su tío], bien atentos [...] como si no tuviéramos nada más qué hacer, sólo escuchar las maravillas que nos hacía ver tan sólo con sus palabras. Uno de mis primos le preguntó si no había sacado fotos. Él lo miró por un momento como si no hubiera entendido o como si le estuviera haciendo la pregunta más tonta del mundo.²¹

Es evidente que la palabra es para Severino Salazar superior a la imagen; quizá lo es para todo escritor, pues es su medio expresivo, su material de trabajo, pero por qué el desprecio por las fotografías. Yo creo que este rechazo se da porque se trata de una necesidad creada, y en la mayoría de los casos inútil. Hay toda una industria dedicada a las cámaras fotográficas, filmadoras, instantáneas, manuales, automáticas, digitales; pero que a la mera hora, nos quitan el tiempo de disfrutar, sólo para atender a las fotos; y, después, a nadie le interesa verlas, y así, se convierten en una auténtica plaga porque ya no caben en álbumes ni

cajones. Y no digamos las maravillas de internet: mientras hablamos por teléfono podemos ver en vivo y color a nuestros interlocutores. Engaño colorido: nada puede sustituir el contacto humano: darse la mano, un abrazo, un beso.

Además, en abono a mi lectura, cabe señalar, la recomendación que el tío le hace a su sobrino, el Narrador de esta historia:

[...] cuida tu cuerpo y mantenlo siempre limpio porque es un espacio sagrado. Es tu responsabilidad que no lo ensucien ideas extrañas, para que sea ligero y espiritual. Y flote sobre la mugre del mundo, y ésta no lo toque.²²

Y esas ideas extrañas referidas son, para mí, las marcas comerciales y las necesidades inútiles, los mitos de la globalización, que contaminan las auténticas tradiciones de cualquier país o pueblo.

Pero, así están las cosas. Echar marcha atrás es imposible: las utopías ya no existen. Qué gran pérdida es renunciar a los sueños y a la imaginación, lo que auténticamente, más que las ciencias, ha movido al mundo. Por eso, para Severino Salazar es un imperativo rescatar ese "sueño de papel", porque "En el cuento de Navidad caben entonces todas las posibilidades del bien supremo, absoluto, todas las esperanzas, todas las imágenes por más inalcanzables o descabelladas que nos parezcan. Todas esas cosas que en el inclemente mundo actual, en la globalización, en la realidad cotidiana, no tienen cabida".²³ ■

²¹ *Ibid.*, p. 14.

²² *Ibid.*, p. 17

²³ *Idem*, "El cuento de Navidad", pp. 224, 225.

BIBLIOGRAFÍA

Cortazar, Julio. "Paseo por el cuento", en *Antología. Textos de estética y teoría del arte*. México, UNAM, 1972. pp. 330-338 (Lecturas Universitaria, 14).

Escobedo Rodhe, Teresa. *Tiempo sagrado*. México, Planeta, 1990.

Frazer, James George. *La rama dorada*. 2ª. ed. México, FCE, 1969.

Ruedas de la Serna, Jorge. (Pról.) *Presente de Navidad. Cuentos mexicanos del siglo XIX*. México, UNAM, 1994 (Ida y regreso al siglo XIX).

Haddon Sundblom. En línea. http://Wikipedia.org/wiki/Haddon_Sundblom (06/04/2009).

Salazar, Severino. "El cuento de Navidad". *Revista Tema y Variaciones de Literatura*. UAM-Azcapotzalco. núm. 22, México, Semestre 1, 2004, pp. 221-229.

———. "Los Santos Reyes", en *Quince cuentos de Navidad*, México, UAM-Azcapotzalco, 2000. pp. 13-18 (Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades / Serie Literatura).